Vivimos en una época fascinada por la **motivación**.

Frases inspiradoras, vídeos de superación personal, libros de crecimiento, discursos sobre el éxito, aplicaciones que nos recuerdan nuestros objetivos, calendarios de hábitos, retos de treinta días, imágenes con mensajes como *«tú puedes»*, *«nunca te rindas»* o *«persigue tus sueños»*.

Todo parece orientado a conseguir que nos sintamos suficientemente motivados para comenzar.

Y ciertamente, **la motivación puede ser algo bueno**. Puede despertar una decisión, provocar un cambio, sacarnos de la apatía o ayudarnos a iniciar un camino.

Pero existe un problema cuando hacemos de ella el fundamento de nuestra vida:

la motivación es un sentimiento, y los sentimientos son variables.

Hoy podemos sentirnos llenos de entusiasmo y mañana completamente vacíos. Hoy podemos levantarnos con deseos de rezar, estudiar, hacer ejercicio, ordenar nuestra vida o cumplir nuestros deberes; mañana quizá no tengamos ninguna gana.

Si nuestra vida depende de cómo nos sentimos, nuestra vida será necesariamente inestable.

Y aquí aparece una distinción de enorme importancia para la vida cristiana:

> ***No necesitamos estar motivados para hacer el bien.***
> ***Necesitamos estar formados para hacerlo.***

La diferencia parece pequeña, pero en realidad afecta profundamente a la concepción cristiana del hombre.

La motivación pregunta:

«¿Tengo ganas de hacerlo?»

La virtud pregunta:

«¿Es bueno hacerlo?»

La motivación dice:

«Lo haré mientras me inspire».

La virtud responde:

«Lo haré porque es mi deber y porque amo el bien».

La motivación depende mucho del estado de ánimo.

La virtud transforma progresivamente el carácter.

Por eso, desde una perspectiva cristiana, **no debemos construir nuestra existencia sobre la motivación, sino sobre la verdad, la voluntad, los buenos hábitos y las virtudes, sostenidos por la gracia de Dios.**

---

1. El problema de una sociedad obsesionada con sentirse bien

Uno de los rasgos más característicos de nuestra época es haber convertido el estado emocional en una especie de criterio moral.

«Si me hace sentir bien, debe ser bueno».

«Si ya no me hace feliz, debo abandonarlo».

«Si no siento nada al rezar, quizá la oración no sea para mí».

«Si no estoy motivado para ir a Misa, ¿para qué voy?».

«Si mi matrimonio atraviesa dificultades y ya no siento lo mismo, quizá se haya terminado el amor».

«Si no tengo ganas de perdonar, no puedo hacerlo».

Pero la tradición cristiana jamás identificó el bien con el sentimiento agradable.

El cristianismo sabe algo fundamental sobre la naturaleza humana: **nuestras emociones son reales, pero no son nuestro señor**.

Tenemos inteligencia y voluntad. Tenemos afectos, pasiones y sentimientos, pero no debemos convertirlos en el criterio supremo de nuestra conducta.

Una persona madura no es aquella que siempre siente deseos de hacer el bien.

Es aquella que **ha aprendido a hacer el bien incluso cuando no tiene ganas de hacerlo**.

Y esto resulta particularmente importante en la vida espiritual.

Porque llegará un momento en que rezar será difícil.

Habrá días en los que asistir a Misa supondrá un esfuerzo.

Habrá momentos en los que el perdón parecerá imposible.

Habrá temporadas en las que leer el Evangelio no producirá ninguna emoción especial.

Habrá ocasiones en las que la vida cristiana parecerá seca, exigente o incluso pesada.

¿Qué hacemos entonces?

Si hemos construido nuestra fe sobre la motivación, probablemente abandonaremos.

Si hemos construido nuestra fe sobre la virtud, **perseveraremos**.

---

2. Nuestro Señor no nos pide solamente entusiasmo: nos pide obediencia

Hay una enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo que resulta extraordinariamente actual.

Al final del Sermón de la Montaña, Cristo habla de dos hombres que construyen una casa.

Uno construye sobre roca.

El otro sobre arena.

La diferencia no está simplemente en que uno haya escuchado a Cristo y el otro no.

La diferencia está en **hacer**.

Nuestro Señor dice:

> *«Todo el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica será semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre roca».*

Y después advierte sobre quien escucha pero no pone en práctica sus palabras: su casa está construida sobre arena.

Cuando llegan la lluvia, los ríos y los vientos, la casa cae.

Esta parábola contiene una auténtica antropología espiritual.

Cristo no dice:

«Dichoso el que se siente inspirado por mis palabras».

Dice, en esencia:

«Dichoso el que las escucha y las pone en práctica».

Ahí encontramos la diferencia entre una espiritualidad basada en la emoción y una espiritualidad basada en la virtud.

La emoción puede iniciar una construcción.

Pero **solo la solidez de los cimientos permite resistir la tormenta**.

3. La motivación puede iniciar el camino, pero no puede sostenerlo

Sería injusto decir que la motivación no sirve para nada.

Sirve.

Una persona puede sentir una fuerte inspiración después de un retiro espiritual, una predicación, una peregrinación, una confesión, una conversación con un sacerdote o incluso después de leer un buen libro.

Ese entusiasmo puede ser una gracia providencial.

Puede llevarla a decir:

«Tengo que cambiar».

Y esa decisión puede ser muy importante.

El problema aparece cuando confundimos **el comienzo del camino con la perseverancia en el camino**.

La motivación puede decir:

> *«Desde mañana voy a rezar el Rosario todos los días».*

La virtud responde:

> *«Hoy estoy cansado, pero voy a rezarlo igualmente».*

La motivación dice:

> *«Voy a estudiar teología».*

La virtud responde:

> *«Hoy no me apetece, pero estudiaré estas páginas porque quiero formar mi inteligencia en la verdad».*

La motivación dice:

> *«Quiero ser más paciente».*

La virtud responde:

> *«Esta persona me está irritando, pero voy a dominar mi reacción y tratarla con caridad».*

La motivación dice:

> *«Quiero ser un buen cristiano».*

La virtud responde:

> ***«Hoy voy a comportarme como un cristiano».***

Y esa diferencia es enorme.

4. Santo Tomás de Aquino: la virtud como hábito estable del bien

Aquí entramos en el corazón de la tradición católica.

La concepción cristiana de la virtud tiene raíces profundas en la filosofía clásica, especialmente en Aristóteles, pero alcanza una elaboración extraordinaria en **Santo Tomás de Aquino**.

Para Santo Tomás, la virtud no es simplemente una emoción agradable ni una buena intención ocasional.

Es un **habitus**, una disposición estable que perfecciona nuestras facultades y nos dispone a obrar bien.

La *Summa Theologiae* dedica una parte muy extensa al estudio de las virtudes, precisamente porque para Santo Tomás la vida moral no consiste simplemente en realizar acciones aisladas, sino en **formar a la persona que realiza esas acciones**.

Esta distinción es fundamental.

Una persona puede realizar accidentalmente un acto bueno sin poseer todavía la virtud correspondiente.

Por ejemplo:

Un hombre puede decir la verdad una vez.

Pero eso no significa necesariamente que sea una persona veraz.

Puede ser generoso una tarde.

Pero eso no significa necesariamente que haya adquirido la virtud de la generosidad.

Puede rezar fervorosamente durante una semana.

Pero eso no significa necesariamente que haya desarrollado una vida de oración estable.

La virtud aparece cuando el bien empieza a convertirse en una **disposición firme de la persona**.

Por eso Santo Tomás define la virtud humana como un hábito operativo bueno.

En términos sencillos:

> ***La virtud convierte el bien que queremos hacer en un modo estable de vivir.***

Y aquí encontramos una respuesta extraordinariamente poderosa a la cultura de la motivación.

---

5. No necesitas sentir ganas para hacer el bien

Esta afirmación puede resultar revolucionaria para la mentalidad contemporánea:

no necesitas tener ganas para hacer algo bueno.

Esto no significa que los sentimientos sean malos.

Al contrario.

Los afectos humanos tienen una función importante y pueden colaborar con la razón y la voluntad.

El problema aparece cuando les concedemos el gobierno de nuestra vida.

Imaginemos a una persona que quiere rezar cada noche.

Al principio está entusiasmada.

Compra un Rosario.

Busca oraciones.

Organiza un horario.

Lee sobre espiritualidad.

Durante dos semanas está encantada.

Después llega el cansancio.

Un día se acuesta tarde.

Otro día tiene problemas.

Otro día simplemente no tiene ganas.

Si su sistema espiritual dependía de la motivación, abandonará.

Pero si ha comenzado a desarrollar un hábito virtuoso de oración, sucederá algo diferente.

Podrá decir:

> *«Hoy no siento nada especial. Pero voy a rezar».*

Eso es madurez.

No porque esté actuando mecánicamente, sino porque **su voluntad está aprendiendo a amar el bien más allá de sus estados emocionales**.

---

6. La vida cristiana no puede depender de nuestro estado de ánimo

Esto tiene una importancia enorme para la espiritualidad católica.

Imaginemos algunas situaciones.

«Hoy no tengo ganas de rezar».

Reza.

Quizá no puedas hacer una hora de oración. Haz quince minutos.

Pero no confundas la ausencia de consolación con la ausencia de Dios.

«Hoy no tengo ganas de ir a Misa».

La obligación dominical no depende de nuestro estado emocional.

La Santa Misa no adquiere valor porque nosotros tengamos un buen día.

«Hoy no tengo ganas de perdonar».

Precisamente ahí comienza el ejercicio de la virtud.

«Hoy estoy demasiado cansado para ayudar».

Tal vez realmente necesites descansar. La prudencia también es una virtud.

Pero si se trata simplemente de comodidad, debemos aprender a vencerla.

«No tengo ganas de estudiar la fe».

Precisamente por eso necesitamos disciplina intelectual.

San Pedro exhorta a los cristianos a estar preparados para dar razón de su esperanza:

> *«Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza».*

La fe no debe reducirse a sentimientos religiosos.

También necesita **formación, inteligencia y conocimiento de la verdad**.

---

7. Motivación y virtud no son enemigas

Aquí conviene hacer una precisión importante.

No debemos caer en el extremo contrario.

No se trata de decir:

«La motivación es mala y las emociones no sirven».

Eso sería igualmente equivocado.

La motivación puede ser un excelente **impulso inicial**.

El problema es utilizarla como fundamento.

Podríamos expresarlo así:

> ***La motivación enciende el fuego; la virtud mantiene encendida la llama.***

La motivación puede ayudarte a comenzar.

La virtud te ayuda a continuar.

La motivación puede producir entusiasmo.

La virtud produce estabilidad.

La motivación puede decir:

«Quiero ser santo».

La virtud pregunta:

«¿Qué debo hacer hoy para vivir santamente?»

La motivación mira el ideal.

La virtud acepta el pequeño sacrificio cotidiano.

Y la santidad está precisamente llena de pequeños sacrificios cotidianos.

---

8. La santidad no se construye en grandes momentos, sino en pequeñas fidelidades

Existe una tentación muy moderna de imaginar la santidad como algo espectacular.

Pensamos en grandes conversiones, experiencias espirituales extraordinarias, peregrinaciones, apariciones, grandes penitencias o momentos de intensa emoción religiosa.

Pero la vida cristiana ordinaria se construye muchas veces de manera mucho más humilde.

Levantarse cuando toca.

Cumplir el deber.

Trabajar honestamente.

No responder con ira.

Guardar los ojos.

Controlar la lengua.

No murmurar.

Perdonar.

Cumplir una promesa.

Rezar aunque estemos cansados.

Ir a confesarse.

Asistir a Misa.

Estudiar la doctrina católica.

Ayudar en casa.

Ser fiel al propio estado de vida.

Aceptar una contrariedad sin convertirla inmediatamente en una tragedia.

Estas cosas pueden parecer pequeñas.

Pero repetidas durante años **forman el carácter**.

Y el carácter determina en gran medida cómo actuaremos cuando lleguen las grandes pruebas.

---

9. Las virtudes son una preparación para el día en que desaparezca la motivación

La verdadera prueba de una formación moral no es lo que hacemos cuando todo resulta fácil.

Es lo que hacemos cuando se vuelve difícil.

Una persona disciplinada no necesita negociar consigo misma cada mañana.

No tiene que preguntarse:

«¿Tengo ganas de levantarme?»

Se levanta.

No tiene que preguntarse:

«¿Me apetece cumplir mi obligación?»

La cumple.

No tiene que esperar a sentirse caritativa para evitar una palabra hiriente.

La evita.

Esto no significa que la persona virtuosa sea una máquina.

Significa que ha adquirido una libertad mayor.

Porque hay una paradoja extraordinaria:

> ***La virtud no limita nuestra libertad; nos libera de la esclavitud de nuestros impulsos.***

Una persona incapaz de dominarse no es realmente libre.

Es esclava de sus apetitos.

Si come cuando siempre tiene ganas, duerme cuando tiene ganas, habla cuando tiene ganas, responde cuando tiene ganas, trabaja cuando tiene ganas y reza cuando tiene ganas, su vida está gobernada por impulsos.

La virtud introduce orden.

La razón ilumina.

La voluntad elige.

La gracia eleva.

Y la persona aprende progresivamente a vivir conforme al bien.

---

10. Las cuatro virtudes cardinales: una arquitectura para la vida

La tradición católica habla de cuatro virtudes cardinales:

prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

No son simplemente conceptos abstractos.

Son verdaderos pilares de la vida moral.

Prudencia

Nos enseña a discernir correctamente qué debemos hacer.

La prudencia no significa cobardía ni exceso de precaución.

Significa aplicar rectamente la razón a la acción.

Preguntarnos:

¿Qué es bueno aquí? ¿Qué corresponde hacer? ¿Cuál es el modo correcto?

Justicia

Nos inclina a dar a cada uno lo que le corresponde.

Nos recuerda nuestros deberes hacia Dios y hacia el prójimo.

La justicia comienza incluso por reconocer que **Dios es Dios y nosotros somos criaturas**.

De ahí nace la virtud de la religión, estrechamente relacionada con la justicia.

Fortaleza

Nos permite perseverar en el bien a pesar de las dificultades.

Aquí se encuentra precisamente uno de los grandes antídotos contra la dependencia de la motivación.

La persona fuerte no dice:

«Lo haré si me apetece».

Dice:

«Es difícil, pero debo hacerlo».

Templanza

Ordena nuestros deseos y placeres conforme a la razón.

En una sociedad dominada por el consumo, la gratificación inmediata, las pantallas y el entretenimiento constante, esta virtud resulta particularmente necesaria.

---

11. Y después están las virtudes teologales

Pero el cristianismo no se limita a una especie de programa de autodisciplina.

Aquí aparece una diferencia fundamental.

El cristiano no pretende simplemente convertirse en una persona eficiente.

Quiere **vivir en Dios y para Dios**.

Por eso están las tres virtudes teologales:

fe, esperanza y caridad.

La fe nos une a Dios como Verdad.

La esperanza nos orienta hacia Dios como nuestro Bien futuro y definitivo.

La caridad nos une a Dios por amor y ordena nuestro amor al prójimo.

Aquí la vida cristiana alcanza una profundidad que ningún sistema moderno de motivación puede proporcionar.

No se trata simplemente de decir:

«Voy a ser mejor persona».

Se trata de decir:

> *«Quiero pertenecer a Cristo».*

Y eso cambia completamente el sentido de la disciplina.

No rezamos simplemente para sentirnos mejor.

Rezamos porque **Dios merece nuestra adoración**.

No evitamos el pecado simplemente para sentirnos orgullosos.

Lo evitamos porque **el pecado ofende a Dios y daña nuestra alma**.

No practicamos la caridad simplemente para mejorar nuestra autoestima.

Amamos porque **Cristo nos ha mandado amar**.

---

12. La caridad es superior a cualquier programa de motivación

Aquí llegamos al centro de la moral cristiana.

San Pablo escribe:

> *«Aunque tuviera una fe capaz de mover montañas, si no tengo caridad, nada soy».*

La caridad no es simplemente «ser amable».

Es el amor sobrenatural por Dios sobre todas las cosas y por el prójimo por amor de Dios.

Por eso, una vida virtuosa no debe convertirse en puro perfeccionismo.

Existe un peligro incluso dentro de la disciplina:

convertir la virtud en orgullo.

«Mira cuánto puedo hacer».

«Mira qué disciplinado soy».

«Mira cómo madrugo».

«Mira cuántos Rosarios rezo».

«Mira cuánto sé».

Eso puede convertirse en una forma espiritual de vanidad.

La virtud cristiana no termina en nosotros mismos.

Nos ordena hacia Dios.

Y sin la gracia, la vida sobrenatural no puede reducirse a una simple técnica de autocontrol.

---

13. La gracia no sustituye nuestros esfuerzos: los transforma

La doctrina católica mantiene un equilibrio extraordinario.

Por un lado:

no podemos salvarnos por nuestras propias fuerzas.

Por otro:

la gracia no elimina nuestra cooperación.

Dios nos da su gracia, pero nosotros debemos responder.

Dios nos llama, pero debemos seguirle.

Dios nos ofrece su misericordia, pero debemos convertirnos.

Dios nos concede ayuda, pero debemos cooperar con ella.

Por eso la vida espiritual requiere oración, sacramentos, formación, lucha contra el pecado, obras de misericordia y ejercicio de las virtudes.

No para «ganarnos» el amor de Dios como quien acumula puntos.

Sino porque **la gracia recibida debe transformar realmente nuestra vida**.

---

14. La virtud se construye mediante repetición

Aquí aparece una idea muy importante.

No adquirimos normalmente una virtud realizando una acción aislada.

La virtud se fortalece mediante la repetición de actos buenos.

Esto significa que nuestros pequeños actos cotidianos tienen una importancia mucho mayor de la que solemos imaginar.

Cada vez que dominamos una respuesta de ira, estamos ejercitando la mansedumbre.

Cada vez que cumplimos un deber difícil, fortalecemos la fortaleza.

Cada vez que rechazamos un exceso, ejercitamos la templanza.

Cada vez que damos a alguien lo que le corresponde, ejercitamos la justicia.

Cada vez que buscamos deliberadamente la verdad, fortalecemos nuestra vida intelectual.

Cada vez que rezamos aunque no tengamos ganas, estamos formando una disposición estable hacia Dios.

No debemos despreciar los pequeños actos.

Son ladrillos.

Y con ladrillos se construye una casa.

---

15. La parábola de la casa sobre roca es

también una pedagogía de los hábitos

Volvamos a la imagen de Cristo.

La casa no se construye en el momento de la tormenta.

La casa se construye **antes**.

Cuando llega la tormenta ya es demasiado tarde para comenzar los cimientos.

Esto tiene una aplicación espiritual enorme.

No podemos esperar a estar en una crisis para empezar a formar nuestro carácter.

No podemos esperar una enfermedad para aprender a confiar en Dios.

No podemos esperar una gran tentación para aprender a dominar nuestros deseos.

No podemos esperar un conflicto matrimonial para aprender a perdonar.

No podemos esperar una persecución para aprender a ser firmes.

No podemos esperar la vejez para empezar a buscar a Dios.

La virtud se adquiere antes de la tormenta.

Y cuando llega la tormenta, descubrimos si realmente hemos construido sobre roca.

---

16. La motivación es especialmente peligrosa cuando se aplica a la fe

Hay una frase que se escucha con frecuencia:

> *«No siento a Dios».*

Pero la vida cristiana no consiste en sentir constantemente a Dios.

Los santos conocieron también la aridez espiritual.

La oración puede ser consoladora.

Pero también puede ser seca.

Puede haber momentos en los que rezar sea una experiencia profundamente gozosa.

Y otros en los que simplemente sea un acto de fidelidad.

Y quizá esos segundos tengan un valor espiritual extraordinario.

Porque cuando rezamos solamente porque sentimos consuelo, existe el peligro de que, en realidad, estemos buscando más el consuelo que a Dios.

Cuando seguimos rezando incluso sin sentir nada, estamos aprendiendo a decir:

«Señor, no te busco solamente por lo que me haces sentir. Te busco porque eres Dios».

Eso es una madurez espiritual mucho más profunda.

---

17. Los hábitos pueden ser santos cuando están ordenados al bien

La palabra «hábito» puede sonar moderna, como si habláramos simplemente de productividad.

Pero el concepto clásico de *habitus* es mucho más profundo.

No se trata simplemente de automatizar comportamientos.

Se trata de **formar nuestras facultades para que estén dispuestas al bien**.

Por eso podemos establecer hábitos concretos:

- levantarnos a una hora determinada;
- reservar un momento diario para la oración;
- realizar examen de conciencia;
- leer diariamente algo de doctrina católica;
- acudir regularmente a la confesión;
- asistir a Misa;
- rezar el Rosario;
- guardar determinados momentos de silencio;
- controlar el uso de las redes sociales;
- evitar conversaciones que nos llevan al pecado;
- practicar obras de misericordia;
- cultivar la lectura espiritual;
- trabajar con diligencia;
- cumplir nuestras obligaciones familiares.

Pero todos esos hábitos deben tener una orientación.

No queremos convertirnos en personas perfectamente organizadas.

Queremos convertirnos en personas **ordenadas hacia el bien y hacia Dios**.

---

18. No confundamos disciplina cristiana con perfeccionismo

Este punto es esencial pastoralmente.

Hay personas que, después de descubrir la importancia de las virtudes, caen en otro extremo.

Se imponen veinte obligaciones.

Tres Rosarios.

Una hora de meditación.

Lectura espiritual.

Ayuno.

Ejercicio.

Estudio.

Penitencias.

Numerosas devociones.

Y después no pueden mantenerlo todo.

Se sienten culpables.

Abandonan.

Y vuelven a empezar.

Eso tampoco es una buena estrategia.

La virtud requiere **prudencia**.

Es preferible establecer pocas prácticas y cumplirlas con fidelidad que construir un programa gigantesco que dure diez días.

No se trata de hacer mucho.

Se trata de **hacer bien y perseverar**.

Una pequeña regla de vida cumplida durante años puede transformar profundamente a una persona.

---

19. ¿Cómo pasar de la motivación a la virtud?

Podemos convertir toda esta reflexión en un método muy sencillo.

Primero: define el bien

No preguntes primero:

«¿Qué me apetece?»

Pregunta:

«¿Qué es bueno?»

La moral cristiana comienza en la verdad.

Segundo: identifica la virtud que necesitas

¿Te falta paciencia?

Trabaja la mansedumbre.

¿Te cuesta controlar los deseos?

Trabaja la templanza.

¿Abandonas fácilmente?

Trabaja la fortaleza.

¿Te cuesta cumplir tus obligaciones?

Trabaja la diligencia y la justicia.

¿Te falta constancia en la oración?

Trabaja la fidelidad y la perseverancia.

Tercero: establece una práctica concreta

No digas:

«Voy a ser más santo».

Eso es demasiado abstracto.

Di:

«Cada noche, antes de dormir, dedicaré diez minutos a la oración y al examen de conciencia».

La virtud necesita actos concretos.

Cuarto: elimina la negociación emocional

No preguntes cada día:

«¿Tengo ganas?»

Pregunta:

«¿Es la hora?»

Si es la hora de rezar, reza.

Si es la hora de trabajar, trabaja.

Si es la hora de cumplir una obligación, cúmplela.

La disciplina reduce la negociación constante con nuestros estados de ánimo.

Quinto: persevera después de fallar

Este punto es decisivo.

Vas a fallar.

Todos fallamos.

Un día abandonarás la oración.

Otro día perderás la paciencia.

Otro día caerás en pereza.

Otro día cometerás una falta que te avergonzará.

No conviertas una caída en una identidad.

Caer no significa que hayas fracasado definitivamente.

Levántate.

Examina.

Confiesa cuando haya pecado grave.

Repara.

Continúa.

---

20. San Agustín: no basta conocer el

bien, hay que amarlo

Existe un problema aún más profundo.

Podemos conocer perfectamente lo que debemos hacer y, sin embargo, no hacerlo.

San Pablo describe dramáticamente esta experiencia cuando habla de la lucha interior del hombre que conoce el bien pero experimenta la fuerza del pecado.

Por eso la formación cristiana no puede consistir únicamente en transmitir información.

Necesitamos **formar la voluntad y los afectos**.

La persona virtuosa no solamente sabe que algo es bueno.

Progresivamente **aprende a amar ese bien**.

Esto es importantísimo.

Al principio quizá alguien rece porque sabe que debe rezar.

Después puede llegar a rezar porque quiere rezar.

Más adelante puede llegar a experimentar un auténtico amor por la oración.

Pero no debemos esperar a sentir ese amor para comenzar.

La fidelidad precede muchas veces al gusto.

---

21. El cristiano debe aprender a hacer el bien incluso cuando nadie lo ve

La motivación contemporánea está frecuentemente relacionada con el reconocimiento.

«Que se vea mi progreso».

«Que los demás sepan que estoy trabajando en mí mismo».

«Que se note mi transformación».

La virtud cristiana tiene otra lógica.

Cristo nos enseña a realizar el bien incluso cuando nadie nos aplaude.

Porque Dios ve.

El hombre virtuoso puede realizar un sacrificio que nadie conocerá.

Puede rechazar una tentación que nadie sabrá que tuvo.

Puede perdonar sin anunciarlo.

Puede rezar en silencio.

Puede hacer una obra buena sin publicarla.

Puede cumplir fielmente un deber completamente invisible.

Y precisamente ahí aparece una pregunta decisiva:

¿Quién eres cuando nadie te está mirando?

Ahí se descubre buena parte del carácter.

---

22. La vida espiritual no es una sucesión de emociones religiosas

Debemos recuperar esta verdad.

La vida cristiana tiene momentos de alegría.

Tiene consolación.

Tiene entusiasmo.

Tiene lágrimas.

Tiene fervor.

Pero también tiene cansancio.

Silencio.

Aridez.

Dificultad.

Tentación.

Caídas.

Espera.

Perseverancia.

Y todo ello puede formar parte del camino hacia Dios.

El cristianismo no promete que nos sentiremos bien todos los días.

Promete algo infinitamente más grande:

que Cristo estará con nosotros.

Por eso nuestra esperanza no puede depender de nuestro estado emocional.

Depende de Dios.

---

23. La virtud transforma al hombre entero

La virtud no pretende simplemente que hagamos algunas cosas buenas.

Pretende transformar nuestro modo de ser.

El objetivo final no es:

«Quiero comportarme bien».

Es:

«Quiero convertirme en un hombre bueno, por la gracia de Dios».

Eso es mucho más profundo.

Una persona prudente aprende a juzgar correctamente.

Una persona justa aprende a respetar los derechos de los demás.

Una persona fuerte aprende a permanecer firme.

Una persona templada aprende a gobernar sus deseos.

Una persona caritativa aprende a amar.

Una persona humilde aprende a vivir en la verdad sobre sí misma.

Una persona religiosa aprende a reconocer la soberanía de Dios.

Una persona esperanzada aprende a atravesar las dificultades sin desesperarse.

Una persona de fe aprende a vivir no solamente según lo visible, sino según la realidad sobrenatural.

Esto es formación humana y cristiana.

24. ¿Sobre qué estás construyendo tu vida?

Esta es quizá la pregunta más importante de todo el artículo.

¿Sobre qué estás construyendo?

¿Sobre tus emociones?

¿Sobre tu estado de ánimo?

¿Sobre el reconocimiento de los demás?

¿Sobre tus éxitos?

¿Sobre tu trabajo?

¿Sobre tu salud?

¿Sobre tu dinero?

¿Sobre tus relaciones?

¿Sobre tus proyectos?

¿Sobre tus propias fuerzas?

Todo eso puede cambiar.

La enfermedad puede llegar.

El dinero puede desaparecer.

Las personas pueden decepcionarnos.

El trabajo puede perderse.

La juventud termina.

Los proyectos fracasan.

El entusiasmo desaparece.

Y entonces descubrimos si nuestra casa estaba edificada sobre arena o sobre roca.

Cristo nos ofrece una roca.

No una sensación.

No una emoción pasajera.

No una técnica de motivación.

Cristo mismo.

---

25. La gran revolución espiritual: hacer el bien aunque no tengas ganas

Quizá podríamos resumir todo este artículo en una sola frase:

> ***No esperes sentirte dispuesto para hacer el bien. Forma tu voluntad para querer y hacer el bien.***

Cuando llegue la motivación, agradécela.

Cuando aparezca el entusiasmo, aprovéchalo.

Cuando sientas fervor, utilízalo para avanzar.

Pero cuando desaparezca, **no abandones**.

Porque el amor auténtico no se demuestra únicamente cuando resulta agradable.

El verdadero amor también sabe sacrificarse.

Y aquí encontramos el corazón mismo del cristianismo.

La Cruz no es precisamente el símbolo de una vida gobernada por la motivación.

Es el símbolo de una voluntad entregada por amor.

Cristo no permaneció en la Cruz porque fuera cómodo.

No permaneció porque fuera agradable.

Permaneció por amor y obediencia al Padre.

Y allí encontramos el modelo supremo de la vida cristiana:

no «hago el bien porque me apetece», sino «amo el bien y estoy dispuesto a sacrificarme por él».

---

26. Una regla de vida sencilla para comenzar

Si alguien quisiera aplicar inmediatamente todo esto, podría comenzar con algo muy sencillo.

Cada mañana

Al levantarte, no pienses primero:

«¿Cómo me siento?»

Piensa:

«¿Qué espera Dios de mí hoy?»

Haz una breve oración de ofrecimiento.

Durante el día

Elige una virtud concreta.

Por ejemplo:

Hoy practicaré la paciencia.

Y cuando aparezca la ocasión, recuerda tu propósito.

Ante una dificultad

No preguntes:

«¿Por qué me pasa esto?»

Pregunta también:

«¿Qué virtud puedo practicar aquí?»

Una contrariedad puede convertirse en paciencia.

Una injusticia puede convertirse en fortaleza.

Una provocación puede convertirse en dominio propio.

Un cansancio puede convertirse en sacrificio.

Una obligación desagradable puede convertirse en fidelidad.

Por la noche

Haz examen de conciencia.

No solamente:

«¿Qué he hecho mal?»

Pregunta también:

«¿Dónde he respondido al bien? ¿Dónde he cooperado con la gracia? ¿Dónde he cedido a mis pasiones?»

Agradece.

Pide perdón.

Propón una mejora concreta.

Y vuelve a empezar mañana.

Conclusión: no construyas sobre la arena

La motivación tiene su lugar.

Pero **no puede ser el fundamento de una vida**.

Es demasiado cambiante.

Hoy está.

Mañana desaparece.

Después vuelve.

Después vuelve a desaparecer.

Es como el viento.

La virtud, en cambio, busca arraigar el bien en nosotros.

Y la vida cristiana va todavía más lejos: no se trata simplemente de adquirir buenos hábitos humanos, sino de **dejar que la gracia de Dios transforme nuestras facultades, nuestros afectos, nuestra voluntad y finalmente toda nuestra vida**.

Por eso no debemos construir nuestra existencia sobre:

«Tengo ganas».

Debemos construirla sobre:

«Esto es bueno».

No sobre:

«Me siento fuerte».

Sino sobre:

«Dios me dará la gracia para perseverar».

No sobre:

«Estoy motivado».

Sino sobre:

«He decidido ser fiel».

No sobre el entusiasmo de un día.

Sino sobre la fidelidad de toda una vida.

Nuestro Señor lo dejó dicho con una imagen que atraviesa los siglos:

> ***«El que escucha mis palabras y las pone en práctica es***

> ***semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre roca».***

Y la roca no es nuestra motivación.

No es nuestra fuerza de voluntad.

No es nuestra capacidad de organización.

La roca es Cristo.

Sobre esa roca podemos construir hábitos buenos.

Sobre esos hábitos podemos cultivar virtudes.

Por medio de esas virtudes podemos ordenar nuestra vida.

Y mediante la gracia podemos avanzar hacia aquello para lo que hemos sido creados:

conocer, amar y servir a Dios en esta vida, para gozar de Él eternamente en la otra.

Porque al final, la pregunta decisiva no será:

«¿Cuántos días estuviste motivado?»

Será mucho más sencilla y mucho más profunda:

«¿Fuiste fiel?»

Y esa fidelidad, día tras día, especialmente cuando no apetece, es una de las formas más concretas de comenzar a construir una vida verdaderamente cristiana.